

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Mensaje

XVI JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO 2008

La Eucaristía, Lourdes y la atención pastoral a los enfermos

11 de febrero de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

1. El 11 de febrero, memoria litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes, se celebra la Jornada Mundial del Enfermo, ocasión propicia para reflexionar sobre el sentido del dolor y sobre el deber cristiano de asumirlo sea cual sea la situación en que se presente. Este año, en esa fecha coinciden dos acontecimientos importantes para la vida de la Iglesia, como se puede apreciar en el tema elegido —"La Eucaristía, Lourdes y la atención pastoral a los enfermos"—: el 150º Aniversario de las apariciones de la Inmaculada en Lourdes y la celebración del Congreso Eucarístico Internacional en Quebec (Canadá). De ese modo se nos ofrece una ocasión singular para considerar la unión íntima que existe entre el misterio eucarístico, el papel de María en el plan de la salvación, y la realidad del dolor y el sufrimiento del hombre.

El 150º Aniversario de las apariciones de Lourdes nos invita a dirigir la mirada hacia la Virgen santísima, cuya Inmaculada Concepción constituye el don sublime y gratuito de Dios a una mujer, para que pudiera adherirse plenamente a los designios divinos con fe firme e inquebrantable, a pesar de las pruebas y los sufrimientos que debía afrontar. Por eso, María es modelo de abandono total a la voluntad

a un fuerte y constante culto a la Eucaristía, con celebraciones eucarísticas diarias, con la adoración del Santísimo Sacramento y la bendición a los enfermos, que constituye uno de los momentos más intensos de la visita de los peregrinos a la gruta de Massabielle.

La presencia en Lourdes de muchos peregrinos enfermos y de voluntarios que los acompañan ayuda a reflexionar sobre la preocupación maternal y tierna que la Virgen manifiesta con respecto al dolor y a los sufrimientos del hombre. María, *Mater dolorosa*, asociada al sacrificio de Cristo, sufriendo al pie de la cruz con su Hijo divino, es percibida particularmente cerca de la comunidad cristiana cuando ésta se congrega en torno a sus miembros que sufren, llevando los signos de la pasión del Señor. María sufre con quienes pasan por la prueba, espera con ellos y es su consuelo, sosteniéndolos con su ayuda maternal. ¿No es acaso verdad que la experiencia espiritual de tantos enfermos lleva a comprender cada vez más que «*el divino Redentor quiere penetrar en el alma de todo paciente a través del corazón de su Madre santísima, primicia y culmen de todos los redimidos*» (*Salvifici doloris*, 26)?

3. Si Lourdes nos impulsa a meditar sobre el amor maternal de la Virgen Inmaculada a sus hijos enfermos y sufrientes, el próximo Congreso Eucarístico Internacional será una ocasión para adorar a Jesucristo presente en el Sacramento del altar, para encomendarnos a Él como Esperanza que no defrauda y para recibirlo como medicina de inmortalidad que cura el cuerpo y el alma. Jesucristo redimió al mundo con su sufrimiento, con su muerte y resurrección, y quiso quedarse con nosotros como "pan de vida" en nuestra peregrinación terrena. El tema del Congreso Eucarístico, "La Eucaristía, don de Dios para la vida del mundo", subraya que la Eucaristía es el don que el Padre hace al mundo de su Hijo único, encarnado y crucificado. Él es quien nos reúne en torno a la mesa eucarística, suscitando en sus discípulos una solicitud amorosa en favor de los que sufren y los enfermos, en los que la comunidad cristiana reconoce el rostro de su Señor.

Como puse de relieve en la Exhortación Apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, «*nuestras comunidades, cuando celebran la Eucaristía, han de ser cada vez más conscientes de que el sacrificio de Cristo es para todos y que, por eso, la Eucaristía impulsa a todo el que cree en Él a hacerse "pan partido" para los demás*» (n. 88). Esto nos estimula a servir personalmente a los hermanos, en especial a los que

la distribución de la Eucaristía a los enfermos, hecha con decoro y espíritu de oración, es verdadero consuelo para quienes sufren por cualquier forma de enfermedad.

La próxima Jornada Mundial del Enfermo ha de ser, además, una circunstancia propicia para invocar de modo especial la protección materna de María sobre quienes se encuentran probados por la enfermedad, sobre los agentes sanitarios y sobre todos los que trabajan en la pastoral de la salud. Pienso, en particular, en los sacerdotes comprometidos en este campo, en las religiosas y en los religiosos, en los voluntarios y en todos los que con una entrega activa se dedican a servir en cuerpo y alma a los enfermos y a los necesitados. Encomiendo a todos a María, Madre de Dios y Madre nuestra, Inmaculada Concepción. Que ella ayude a cada uno a testimoniar que la única respuesta válida al dolor y al sufrimiento humano es Cristo, el cual al resucitar venció a la muerte y nos dio la vida que no tiene fin. Con estos sentimientos, imparto de corazón a todos una bendición apostólica especial.

Vaticano, 11 de enero de 2008.